

parroquial, capitular y arzobispal, pp. 77-81; documentación de la administración de justicia, dividida en procesos de residencia, pp. 83-85 y en procesos inquisitoriales, pp. 87-90). Esta mezcla bien equilibrada de nociones fundamentales de paleografía y diplomática ofrece un panorama muy completo, cuya aparente amplitud toma dimensiones muy manejables por la restricción geográfica y cronológica del manual.

Estos manuales vienen a cubrir lagunas importantes en sus respectivas áreas disciplinarias, donde por la especialización de los cursos no siempre se cuenta con materiales didácticos asequibles (para el profesor y el alumno) y, con regularidad, estas herramientas deben irse supliendo con apuntes de clase o material fotocopiado. Aunque en ningún caso estos manuales pueden sustituir la experiencia docente en el aula, es obvio que su aparición es un estímulo para replantearnos la necesidad de volver los ojos al trabajo humilde, pero importantísimo, de la creación y solidificación de una infraestructura docente de calidad, en auxilio propio y de los alumnos, cuyos beneficios quedan ejemplificados con ambos manuales. Eso, sin olvidar que la verdadera utilidad de un manual está primordialmente en el aula.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

LILIANA WEINBERG, *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. F.C.E., México, 2001.

Se trata de un libro intenso, vehemente. Y tanto, que creo que ninguna otra expresión puede caracterizar mejor sus variados atributos que precisamente “fervor del ensayo”. Atendamos, pues, las dos palabras que componen esa enfática expresión.

Fervor: devoción que se pone en una práctica; entusiasmo, afán, dedicación. Quien tiene fervor por algo se interesa, y mucho, por ese algo. De ahí que cuando el interés se frustra “se baja al infierno”, y cuando se satisface “se sube al paraíso”.

Estas apasionadas hipérboles respecto del ensayo creo que se justifican, en particular, en lenguas como la castellana y la portuguesa, y en espacios como América Latina. ¿Por qué? Por un lado, porque no tendemos a tomar en serio aquello que debatimos: leemos muy poco nuestras reflexiones. Respecto de las discusiones teóricas, permanecemos siendo presa de los vicios coloniales de siempre: el afán de novedades y el fervor equivocado, o mejor, “contra-fervor sucursalero”; ese repetir incesantemente lo que se indaga en otras partes, porque por estos arrabales lo único que se puede hacer es instalar sucursales.

De esta manera: “uno de los mayores suplicios es, para el escritor de nuestra región, pensarse sin lector. Y uno de sus mayores anhelos, pensar la comprensión total, la biblioteca total” (p. 62).

Entre la no-lectura y la apasionada comunidad crítica (constantemente más cerca de la primera que de la segunda) comparto la apuesta de Weinberg: hay que iniciar, una y otra vez, una espiral de fervor por, entre otros géneros teóricos, el ensayo. Pues los latinoamericanos no sólo somos buenos cuenteros —como hemos probado ya—, somos también buenos, muy buenos discutidores. La razón teórica no tiene por qué estar necesariamente ubicada en otra parte: en la última moda en lengua inglesa, francesa o alemana.

Por otro lado, después de todo, “ensayar” quiere decir tantear, intentar, probar, experimentar. El ensayo es, pues, un género de tanteos, de pobres, no de lujosos expertos, no de especialistas. ¿Cómo no estimar este género, pues, en un continente donde todavía tenemos tanto que intentar, que abriarnos camino, que experimentar?

Sin embargo, ¿en qué se distingue el ensayo de otros géneros de la escritura? Esto es, ¿cuál es el objeto de esta devoción que hay que promover?, ¿a qué le estamos entregando nuestros afanes, nuestra pasión? Gran parte de este libro de Weinberg consiste en averiguar cómo se construye esta modalidad discursiva que es el ensayo en general, y el ensayo hispanoamericano en particular. A partir de sus desarrollos anotaré cuatro posibles caracterizaciones de este “fervor de discutidores”, y un propósito del género, creo que decisivo.

En primer lugar y, ante todo, el ensayo es un género caracterizado por su frescura: un género abierto, un género puente. Su lugar es “el lugar de las ventanas” (p. 23). Este género no claramente enmarcado como los otros, siempre a-medio-camino-de, posee por eso “visión indirecta” y “carácter omnívoro” (p. 21). Se trata, pues, de un “género fronterizo”, de una escritura “híbrida”. De ahí que la popularidad del ensayo sea muchas veces sintomática de cierto tipo de sociedad.

En este sentido, recordemos cómo Néstor García Canclini ha razonado, en un libro famoso, cómo lo nuestro son las culturas subradamente híbridas y, en consecuencia, cómo en el nivel de su expresión aparece una y otra vez el gusto por los géneros híbridos. El ensayo es uno de ellos y algunas de nuestras mentes más lúcidas, más brillantes, han contribuido decisivamente a él. Para recordar al azar algunos nombres, se hallan muy concurridas las tradiciones que van de Rodó a Rosario Castellanos, de Sarmiento a Beatriz Sarlo, de Martí a Carlos Monsiváis, de Alfonso Reyes a Guillermo Sheridan.

En segundo lugar, se trata de un género en donde nos topamos con la primacía de lo particular. A diferencia del discurso científico que se construye a partir del punto de vista de la tercera persona y que, por lo menos en las ciencias naturales, busca leyes generales,

el ensayo se demora en ejemplos específicos. Weinberg atiende esta particularidad sobre todo en lo que atañe al productor del ensayo: el yo. Por lo pronto, el ensayo no apela a respaldos externos (experimentos controlados, datos repetibles, testimonios autorizados...), el ensayo es un género que se autosostiene: la primera persona, el yo particular de quien escribe, es el garante de su propio discurso. Weinberg recuerda cómo Montaigne, el fundador, abre sus *Ensayos* con una declaración “de buena fe”: “la protesta de buena fe implica una renovada garantía de confianza en la autenticidad, la veracidad y el valor de lo dicho por parte de quien lo dice” (p. 14).

El ensayista, como cualquier escritor, nos pide que comencemos a leerlo suspendiendo nuestras dudas, nos pide que le creamos en tanto lo que nos ofrece es su perspectiva personal —particular pero razonada— sobre los asuntos que discute: “todo ensayo remite siempre a la perspectiva del sujeto” (p. 15).

En tercer lugar, en el ensayo nos encontramos con la condición de publicidad no especializada, de ahí que el ensayista cultive una comunicación tensa entre lo más personal y lo plenamente comunitario. Por un lado, un yo habla a otro yo. Weinberg observa: “Tomás Segovia escribe que la noción de «lector» no debe confundirse con la de «público». El escritor es un seductor que escribe para que lo quieran, dice Segovia. Y su destinatario, aquel para quien escribe, no coincide, según él, con esa entidad abstracta llamada «público», sino que corresponde a alguien muy cercano a él” (p. 25).

Pero por otro lado, el ensayista no se conforma con ese “alguien muy cercano a él”. Puesto que “fatiga las prensas”, como dice Borges, puesto que no escribe meramente cartas privadas, sino que publica y, a menudo, incluso profusamente en diarios y revistas, el ensayista busca alcanzar muchos “cercaños a él”, procura como interlocutor a una comunidad. Con razón indica Weinberg: “La preocupación por recuperar un sentido comunitario para la palabra y la idea será particularmente representativa del ensayo hispanoamericano” (p. 58).

En cuarto lugar, el ensayo no se cansa en su afán de interpelar. Por eso suele visitar con tanta frecuencia la polémica, social o literaria, hasta cuando no la busca. En ese sentido, siempre se ha caracterizado por constituir una comunidad en donde se cultive: “su inconformismo, su carácter crítico” (p. 15). Como consecuencia, el ensayo se propone combatir la versión del Mito de lo Dado que consiste en creer que los conceptos están ahí de una vez y para siempre, independientes del espacio y del tiempo y del resto de los saberes: “El ensayo se vuelve entonces un desenmascarador de toda pretensión de existencia de conceptos absolutos” (p. 77).

Este atributo ha sido una marca del ensayo latinoamericano, una escritura con frecuencia a contracorriente de las modas coloniales, y

que con terquedad se ubica en lo que Octavio Paz llamó “tradición de la ruptura”.

Las cuatro propiedades anotadas con prisa —escritura fresca en gran medida porque es híbrida, con vocación de lo particular en tanto generada y sostenida por el punto de vista de la primera persona, no especializada para un público porque se da entre la comunicación más personal, la más abarcadoramente comunitaria, y un género enfáticamente interpelador, crítico—, hacen del ensayo en general, y del ensayo latinoamericano en particular, una escuela insoslayable de la capacidad de juzgar. En este sentido, tanto la escritura como la lectura de ensayos son actividades educadoras por excelencia.

Retomando ideas de Montaigne, señala Weinberg: “«Es el juicio un instrumento necesario en el examen de toda clase de asuntos, por eso yo lo ejercito en toda ocasión en estos *ensayos*» escribe en «Demócrito y Heráclito», momento fundacional del género. El *juicio*, instrumento universal; el *yo*, única entidad capaz de ejercerlo; el *ensayo*, este *locus* donde se desplegará la actividad enjuiciadora del *yo*” (pp. 32-33).

El yo del ensayo no es, entonces, el sujeto universal de la ciencia —ese sujeto que se constituye institucionalizando el punto de vista de la tercera persona—, sino el yo de una persona concreta que se va construyendo en un espacio concreto, en un tiempo concreto. Esa persona concreta tiene que orientarse a cada momento en el mundo natural y social, y para hacerlo, de modo inevitable, debe ejercer su capacidad de juicio. A su vez, para contribuir a conformar y regular esa capacidad escribe y lee ensayos, textos en donde a menudo descubrimos que no hay camino más seguro que el tanteo, ni más efectivo para hablar de sí mismo que hablar de los otros, de todo lo otro: de los amigos, de la política, del amor, de la muerte. Quiero decir: se recomienda el ensayo como un antídoto para la razón arrogante.

Comparto con Weinberg, entonces, su fervor por este género de pobres, de discutidores —quisiera también agregar, de republicanos— que, junto a los discursos universales de las diversas ciencias, también aprecian las dialécticas infinitas —pero situándose reiteradamente— del vaivén entre cada yo particular y cada nosotros, no menos particular.

CARLOS PEREDA

Universidad Nacional Autónoma de México

GRACIELA CÁNDANO, *La seriedad y la risa. La comicidad en la literatura ejemplar de la baja Edad Media*. UNAM, México, 2000; 383 pp.

Se trata de un riguroso estudio que se ocupa de seis de las más destacadas colecciones de *exempla*: *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso,